



CAPITULO OCTAVO

La Monarquía y la Nobleza en Francia.

VERSALLES ha tenido en lo pasado, y conservará en lo porvenir, el carácter de la ciudad predilecta del absolutismo. Los Reyes de derecho divino sentían repugnancia invencible á vivir en medio del pueblo. Francisco I se iba á Fontainebleau. Carlos V se encerraba en Yuste; Felipe II se construía para sí el Escorial; Luis XIV debía construirse Versalles. Allí, en la soledad, los Reyes sólo descubrían sus propias personas y los remedos de sus personas, los innumerables cortesanos. El terror al pobre pueblo llegaba en ellos á tanto extremo, que Felipe III, cuando habitaba meses y meses Aranjuez, prohibía en tales ocasiones á todo español, no autorizado expresamente por él, acercarse á dos ó tres leguas alrededor de su palacio. El idolo necesitaba ocultarse, perderse, recluirse por completo en su santuario, para que todos lo creyesen poco más ó menos, de naturaleza consustancial á los dioses. Así, tener una ciudad entera para el Rey, equivalía de suyo á realizar el ideal de la monarquía absoluta, el aislamiento de una eminencia vertiginosa é inaccesible, á donde no pudieran llegar nunca las quejas y los lamentos de los pueblos, especie de cielo cerrado al común de los mortales henchido por una ciega omnipotencia, la cual en sí sola resumía y por sí sola personificaba la majestad del Estado.

Imaginaos á Luis XIV en aquella su gloria. El territorio de Versalles puede llamarse inmenso; cabría una provincia, y lo ocupa un hombre. En mucho menos espacio se levanta Ginebra, que ha producido la religión de los puritanos, y educado en la libertad y en el

derecho del Nuevo Mundo sajón. El aparato es verdaderamente deslumbrador y ostentoso. Una serie de bosques interminables rodean el santuario y otra serie de alamedas larguísimas le abre paso y presta sombra en sus caminos; las viviendas de la aristocracia se amontonan por todas partes como reducción y abreviatura de los castillos dominados por la monarquía, semejándose á filas de jaulas donde se guardarán los monstruos del feudalismo domesticado por los sucesores de Luis XI; los edificios necesarios á la servidumbre del Monarca no tienen número; el gran palacio ha costado 3.000 millones de reales, según el valor de la moneda en los tiempos de su edificación; las terrazas se pierden de vista, los estanques parecen ríos, las estatuas de bronce y de mármol, no tienen número: la riqueza y la ostentación despiertan el recuerdo de los antiguos Reyes asiáticos en Nínive ó en Babilonia.

Leed la estadística de sus criados y de sus gastos, que Taine compendia en el libro sobre los *Orígenes de la Francia contemporánea*, y os maravillará la suma de millones invertida y el número de hombres empleados en este culto religioso á una sola persona de cuyo arbitrio dependía todo un pueblo. En medio de los jardines, en lo alto de las terrazas; al rumor de los surtidores, á la vista de las fuentes colosales; entre los grupos de estatuas académicas y acompasadas, tan artificiosas como los cortesanos y tan lejanas de la naturaleza y de la verdad, como los preceptos de Boileau y como los poemas de Delille; bajo aquellos pórticos donde todo denuncia el vano aparato de un teatro inmenso, á la sombra de aquellas alamedas donde los árboles pierden sus formas espontáneas, á las tijeras del jardinero, como los hombres han perdido sus primordiales libertades, á la igualdad del despotismo; creéis ver dibujarse en el pensamiento la vida fastuosa de los tiempos de Luis XIV; los caballos que vienen desbocados y espumosos de París todas las mañanas con visitantes nuevos al lomo; las literas azules, aparejadas para llevar las damas al levantar y al despertarse del Monarca; los regimientos de domésticos, todos galoneados y abigarradísimos, corriendo en direcciones varias á desempeñar sus innumerables cargos; los 9.000 soldados que componen la guarnición, vestidos con oriental riqueza y adornados de cintas y plumas; los pajes, con sus terciopelos y sus brocados riquísimos; los cien suizos con sus uniformes del siglo XVI y sus artesanas damasquinadas y relucientes; los mosqueteros, con sus casacas ornadas como casullas; los cimbaleros negros, cuyos rostros de ébano resaltan sobre sus grandes cuellos de grana; los picadores, vestidos de seda y amaestrando los hipógrifos reales en las inacabables praderas; los monteros, con el cuerno y la trompeta á la espalda, la carabina ligerísima en las manos; los pinches y galopines de la cocina, vestidos de blanco, que corren de aquí para allá y chocan con los galantísimos abates y sus relucientes chupas de raso negro: los obispos con sus pelucones blancos y rizados de la manera más cortesana, arrastrando sus colas moradas junto á los cardenales, que arrastran sus colas de púrpura: los nobles, que de antiguos

soberanos feudales se han convertido en maestros de ceremonias, halconeros, gentiles hombres de cámara, familiares y guarda-ropas, creyendo acultar su decadencia en el esplendor de su librea; las princesas y los príncipes, seguidos de sus respectivas casas, que forman otras tantas cortes dentro de la corte; las damas con sus tontillos y sus faldas rameadas y sus gotas de diamantes sobre el cabello escarchado de blanquísimo polvo; y entre todos, y sobre todos, el Rey en su cámara recluido como un ídolo, en su trono asentado como en un altar, en sus paseos circuido como de una procesión, en sus acciones alabado con loores y cánticos semejantes á los loores y cánticos eclesiásticos; despertándose y levantándose en público, poniéndose y quitándose en público la camisa; para comer, rodeado de treinta caballeros que atienden á su plato y á su copa; para oír misa, de guardias que le miran siempre á la cara y responden de su persona; para cazar, de escuadrones enteros compuestos por los ojeadores, y de largas filas de carrozas donde van las damas que admiran su destreza, gigantesca personificación de la Historia, idolatrada, incensada, erigida en divinidad por la irremediable servidumbre de sus vasallos, creídos, gracias á su perversa educación, de que un solo hombre puede personificar toda la Francia.

El punto del palacio donde más el Rey se refleja, es la espaciosa galería de cristales. Desde sus balcones veis la inmensa terraza y la galería interminable, los jardines sometidos á la misma severa etiqueta que los cortesanos; aquellos estanques perdiéndose de vista y circuidos de solemnes grupos, todos de una escultura decadente; los diez y siete arcos que dan sobre la gigantesca decoración de los bosques y las florestas, las veinticuatro pilastras terminadas por zócalos y chapiteles dorados; los aparatosísimos trofeos de bronce que tienen la regularidad y el corte de las pelucas gigantescas; los techos ornados por figuras alegóricas de un gusto detestable, que sostienen guirnaldas de una riqueza increíble; los angelotes de estuco sobre las cornisas de mármol, gruesos y linfáticos, sin expresión y sin vida; los cuadros de corte, solemnes en verdad, pero fríos y mentidos como las ceremonias cortesanas; el Monarca rodeado de todas las divinidades del Olimpo, que parecen sus tributarias, como Neptuno ofreciéndole naves, Minerva cascos, Apolo fortalezas; espléndido lujo bastante á justificar lo dicho por San Simón en palabras verdaderas y felices, «que se hubiera hecho adorar como un dios á no tener tanto miedo al diablo». No hay un recodo allí que no guarde alguna de las escenas grabadas por la historia y las novelas francesas, tan populares durante los últimos veinte años, en todas las imaginaciones. Por las bóvedas del salón de entrada, parte allá en otro tiempo, de la capilla, resonó la palabra de Bossuet, magestuosa como los salmos de David, lamentando la fragilidad de todas las grandezas humanas ante los ataúdes que contenían los cadáveres de los Reyes. En aquel mismo sitio, dirigiéndose un predicador á Luis XIV, le dijo: «Todos, señor, somos en verdad mortales». Y como S. M. se disgustase al oír este recuerdo de la igualdad natural, que le confundía con su cocinero, detúvose un punto el siervo de Dios y se corrigió de esta manera:

«Casi todos, señor, somos mortales». En el salón de Hércules hay un techo de figuras melodramáticas y falsas, pintado por Le Moigne, quien, habiendo tenido necesidad de trazarlo boca arriba durante mucho tiempo, perdió al concluirlo el sentido y se suicidó, pegándose nueve puñaladas. En el salón de Mercurio recibió el duque de Anjou la noticia de que debía ser Felipe V de España, y estuvo expuesto durante ocho días el cuerpo de Luis XIV después de su muerte penosísima. En la galería de cristales se celebraron los fabulosos saraos consagrados á festejar la boda del duque de Borgoña. Cuatro mil bujías derramaban deslumbradora luz, repetida por los venecianos espejos. El Rey, queriendo ver cómo aquella luz se quebraba con toda suerte de matices en las facetas de los brillantes, mandó á sus cortesanos llevaran los que pudieran sobre vestidos de terciopelo negro. San Simón dice en sus memorias que le costó 22.050 libras el aparecer en el baile. Pero lo más raro del caso fué que muchas piedras preciosas se perdieron, y que la duquesa de Borgoña, cuando se levantó de su silla, encontróse con que la habían cortado un paño de su traje para robarle un lazo de brillantes. En el hueco de una ventana que daba luz á la Cámara del Consejo, por más señas, contigua á la Cámara de las pelucas, se encontraba Luis XVI, al anunciarle el espíritu nacido en el seno de los Estados Generales con la negativa de los diputados á disolverse y con la respuesta de Mirabeau, asegurando que, reunidos por la voluntad del pueblo, no se irían sino á la fuerza de las bayonetas. Inmediatamente, después de la sala de los Consejos, suele visitarse la sala de los Reyes. Un retrato pendiente en las paredes, que pinta la vejez de Luis XIV, nos le presenta más triste, más decrepito, más repugnante que la vejez de Felipe II trazada por Pantoja, cuyo pincel parecía mojado en verdosas hieles. Dentro de esta alcoba solía comer en familia, y nadie se asentaba en su presencia si se exceptúa su hermano y sus nietos, los cuales debían pedirle permiso y tomar solamente un taburete. Y sin embargo, cierto día comió en aquel mismo sitio con el Rey, como si fuera un príncipe de la sangre, el cómico Molière. En los tallados de la cama se ven varios amores dormidos, y en el cielo raso, compuesta de una antigua colcha que las señoritas de Saint-Cyr bordaron, resultan, en mezcla bastante profana, el sacrificio de Ifigenia junto al sacrificio de Isaac. En la sala del Ojo de Buey, donde los cortesanos se reúnan, brilla el culto idolátrico tributado á Luis XIV en una especie de pintura olímpica, donde el Rey aparece vestido de Apolo, la Reina de Venus, Felipe de Orleans de estrella matutina, Enriqueta, su mujer, de Flora, la Reina madre de Cibeles, y los diversos príncipes y princesas de varias divinidades. En el salón llamado de la Paz se jugaba de una manera loca, hasta el punto de haber perdido Madame de Montespan cuatrocientas mil pistolas en una sola noche, y de quejarse los cronistas más graves porque los jugadores de ventaja abundaban allí en tal número, que el más afortunado, al entrar en semejante sitio, si ganaba el dinero, perdía la honra.

¡Y cuánto malgastó en esta corte la vieja monarquía francesa! Os repito que leáis á

Taine, escritor de una imparcialidad oercana á la indiferencia. Él os dirá que á 3.000 millones de reales se eleva el coste de la construcción del palacio; que durante los varios reinados de Versalles, los príncipes de la casa real tenían á su servicio mil gentiles hombres; que la guarnición importaba siete millones de libras al año, y las cuadras seis, y la caza uno, y la mesa de los príncipes tres ó cuatro; la carne y el vino para todos, cuatro millones de nuestros reales; el pescado ciento setenta y cinco mil libras; la plantación y edificaciones, enormes cantidades; los viajes quinientas mil libras; todo, la décima parte del presupuesto general de los gastos. Y entretanto, los campesinos se morían de hambre, hasta el punto de calcularse en seis millones el número de las víctimas producidas por la miseria durante dos ó tres lustros; en Normandía las gentes se alimentaban sólo de yerbas, lo cual daba ocasión á un obispo para exclamar que los franceses comían como borregos para morir como moscas; arruinábanse las villas, desaparecían los cultivos; arrojábanse los pordioseros sobre el rancho de los soldados para arrebatarlos; del 20 de Enero al 20 de Febrero, en uno de los años más dispendiosos y más alegres de Versalles, morían hasta ochocientos infelices de hambre en el barrio de San Antonio de París, según la cuenta del vicario de Santa Margarita; á las puertas mismas de la capital tornábanse los terrenos pantanosos y epidémicos, á guisa de los campos emponzoñados por las lagunas pontinas: en los desfiladeros centrales volvíase á la vida nómada y salvaje descendiendo los campesinos de las montañas al valle casi desnudos, aullando, como si hubieran caído en suerte y condición de bestias; merced al diezmo, y á la tasa, y á la corbea, y al número incalculable de tributos; en torco de los magníficos palacios realizados con tantas magnificencias, extendíase un desierto, sobre el cual vagaban, como otros tantos esqueletos, los pobres labriegos, explotados y oprimidos en la más abyecta servidumbre por el más absurdo despotismo.

En la gran terraza de Versalles viene inmediatamente á la memoria la gran fábrica del Escorial. Este es un convento, y aquél un palacio; éste un conjunto de clástros, y aquel un conjunto de salenes; éste un lugar de penitencia, y aquél un lugar de saraos; las parrillas del tormento, las torres del cenobio, la rotonda del templo, la campana del rezo descúbrense en cuanto descubris el Escorial; y los dioses de la Mitología, la decoración del teatro, la fuente aparatosísima, la estatua profana, galería interminable descúbrense en cuanto descubris á Versalles: en el monumento español todo es para Dios, y un reducido espacio para el Rey, mientras en el monumento francés todo es para el Rey, y un reducido espacio para Dios; la arquitectura esculariense pertenece, es verdad, á los tiempos semi-paganos del Renacimiento, por sus arcos tomados de los antiguos arcos triunfales en Roma, por su rotonda imitada de la rotonda de San Pedro, que eleva á los cielos el panteón de Agripa, pero el paganismo es un tributario completo de la idea católica; en tanto que las estatuas en coro, los dioses de ópera, los intercolumnios de recargados y ornamentadísimos pilares, los trofeos vistosos y la construcción entera de Versalles se consagran á la apoteosis de un

hombre: que el monumento de España personifica el absolutismo teocrático; el monumento de Francia el absolutismo civil; ambos, las dos fases de nuestra monarquía tradicional en la moderna Historia, como dos inmensos colosos, á cuyas piedras se hubieran agarrado, cual se agarran las nubes á los montes, grandes ideas del humano espíritu, y esencias misteriosas de los pasados siglos.

¡Y cómo se parecen los dos Reyes! El uno reina sobre Condé y el otro sobre Farnesio; el uno tiene entre sus predicadores á Bossuet, y el otro á Granada; el uno entre sus poetas á Racine, y el otro á Lopé; el uno entre sus satíricos á Moliere, y el otro á Cervantes; el uno entre sus escritores á Mad. de Sevigné, y el otro á Santa Teresa de Jesús; el uno lucha contra toda Europa, y el otro también; el uno revoca el Edicto de Nantes, y el otro prepara la expulsión de los moriscos; el uno pugna por restaurar á los Estuardos de Inglaterra, y el otro por restaurar á los Papas en la conciencia; el uno influye por su familia en España, y el otro por los Guisas en Francia; el uno exagera su absolutismo civil, y el otro exagera su absolutismo religioso; el uno arruina á su reino por levantar un palacio en Versalles, y el otro por levantar un monasterio; el uno impera más de medio siglo, y el otro también; el uno es feliz en su juventud y en su vejez desgraciado, y el otro también; el uno tiene que mandar en sus postrimerías el trono de plata á la fábrica de moneda, y el otro tiene que pedir limosna de puerta en puerta como un mendigo; el uno legará las últimas consecuencias de su absolutismo cortesano en los vicios de Luis XV, y el otro las últimas consecuencias de su absolutismo religioso en los sortilegios de Carlos II; y los dos demostrarán con su propia inane grandeza, el funesto error y la irremediable perversidad de sus principios; condenados inapelablemente por dos largas y vergonzosas decadencias.

Francamente, cuando veo la sangre que cuesta á nuestro ejército desarraigar los retoños de la política de Felipe II en los desfiladeros del Norte, y los trabajos que cuesta á la Asamblea francesa el arrancar para siempre á su patria un retroceso á los errores de Luis XIV, me apeno y me conduelo tristemente. Y conducido por mis melancólicos pensamientos, sin darme apenas cuenta del camino andado, llevo al Trianoncito, al jardín de María Antonieta. Allí los árboles más raros, plantados por Jussieu con profundo conocimiento de la botánica; los prados más verdes dilatándose en todas direcciones; los lagos tranquilos, sobre cuya superficie se inclinan, como para darles un beso, los sauces; las florestas cuidadosamente cultivadas; las rías tortuosas; las cabañas recatadas; las lecherías y las queserías; las granjas con sus aperos; los rústicos sitios por donde la infeliz hija de Maria Teresa, destinada á ver convertirse bajo sus menudos pies el trono en cadalso, ordeñaba las vacas, distribuía la nata, aderezaba los requesones, plantaba cerezos, sembraba legumbres, pescaba á la caña; y vestida de tosco percal, tocada de blanco lino, como si un vértigo la strajese al abismo de la igualdad democrática, abdicaba voluntariamente la majestad de la corona antes de que se la arrebatase de la frente el huracán de la revolución.

Por estos vértigos solamente se comprende, y por la embriaguez que daban las ideas, se explica cómo toda una Reina de Francia y todo un conde de Artois, más tarde Rey también, representarían aquellas revolucionarias comedias de Beaumarchais, libres completamente de las regias trabas impuestas por los antiguos clásicos para sujetar el arte, como la naturaleza, á las reglas de la etiqueta: múltiples de personajes y complicadas de escenas, como la vida misma del pueblo; críticas acerbas de los privilegios del nacimiento, de los rigores de la censura, de la corrupción de los abates, de la venta de los destinos, de los caprichos de la privanza; furiosos escritos de oposición á la corte y á los cortesanos, donde se decía que para una plaza de Hacienda se necesitaba un matemático y se nombraba un bailarín; gritos de la cólera nacional comprimida lanzados en el teatro; y tan terribles como los gritos de la conciencia esclavizada lanzados en la tribuna; soplos de seculares iras, los cuales como el viento encrespa é irrita las olas, encrespaban é irritaban las pasiones. ¿Quién había de decir que, dirigidos por el mismo autor revolucionario, María Antonieta debía representar en los jardines de Trianon el papel de Rosina, que simbolizaba la Francia oprimida por la tutela de la Monarquía, y el conde de Artois el papel de Figaro, que representaba la plebe pugnando por libertar á la pobre oprimida, sin presentar en aquella tranquilidad, sobre los prados esmaltados de flores, á la orilla de los lagos dormidos, entre los aplausos del público aristocrático, que al despedir de sus labios aquellas palabras, despedían la tempestad en el aire, y sin ver que detrás de las decoraciones de su teatro, arregladas para repartir diatribas aristofanescas contra los Reyes, se dibujaban las tablas de un cadalso chorreando regia y noble sangre?

Y aquei tiempo verdaderamente crítico, renovador de la sociedad, creador de un nuevo espíritu, veía renovarse hasta la naturaleza, llevando revolución hasta el mismo universo. Cavendish había encontrado un elemento más ligero que el aire: había encontrado el hidrógeno. Sabios como Turrall se entretenían entonces en lanzar á las alturas esos globitos que ahora divierten á los niños, y en su ligereza, en su facilidad de ascensión creían encontrar el anuncio ó esperanza de alas para el hombre, como verdaderos complementos á su organización. El inventor verdadero del globo aerostático venía poco después, Montgolfier, que comenzó á elevarlo en su chimenea y concluyó por expedirlo en pleno día y al aire libre. Este jardín de Trianon fué uno de los sitios donde comenzaron primero las experiencias de las navegaciones aéreas. Casi al mismo tiempo que se descubría el principio esencial del agua, descubriase también por Priestley el elemento esencial del aire, el oxígeno; base de toda sustancia, principio de toda combustión, levadura de todo organismo. Y no bastaban estos elementos para servir á la transformación universal. En la mitad también del siglo XVIII, al mismo tiempo que se encontraba el hidrógeno y el oxígeno, en una máquina donde el vidrio y el cristal se combinaban, lucía la centella eléctrica aprisionada por Hausen de Leipzig, y poco después la botella de Leyden, inventada por Guillermo de